

miento que hirió su imaginación....—¡Ah!... ¡no, imposible....! ¡no puede haber descendido hasta el grado de amar al perseguidor de su buen padre!.... ¡Sin embargo!...., su cuerpo.... ¡su aire!.... ¡Ah!.... es preciso que yo me acerque.... que averigüe.... Por fortuna su agitación le ha impedido reparar en mí, y desde aquí podré escuchar su voz, y tal vez descubrir sus facciones si se levanta el velo.

Pero el ruido de varias descargas que entonces resonaron, unido al que producía el de los tambores que seguían tocando generala, y la voz que volvió á oír reclamando su presencia para operar al herido en la sala contigua, le obligaron á renunciar por entonces á su intento, aunque resuelto á volver á descubrir la verdad tan pronto como se lo permitieran sus deberes.

CAPITULO XIX.

Lo que pasó en Altamira.

Las descargas que se habían oído, eran efectivamente, como el enfermero dijo á D. Antonio, hechas sobre la columna expedicionaria que se hallaba ya á las puertas de Altamira.

El general Terán, aunque conocía como buen militar, la ventaja que el ejército de línea tiene sobre el formado de voluntarios que no han tenido tiempo para instruirse en el manejo de las armas, como era la mayor parte del que él mandaba, arengó á su tropa y se presentó en el lugar del peligro.

A los pocos momentos el ataque se hizo general.

Los soldados españoles exasperados por los sufrimientos, atacaban mas como hombres que anhelan la muerte, para dejar de padecer pereciendo con gloria, que como simples guerreros que buscan en el triunfo, el botin y el pillaje.

Los mexicanos resistieron el terrible ímpetu de sus contrarios con serenidad y valor; pero al verse acometidos de nuevo á la bayoneta, empezaron á desordenarse un poco.

Los expedicionarios creyeron ya suyo el triunfo, y al grito de ¡viva el rey! ¡viva España! penetraron tras de sus contrarios en las calles de Altamira.

En aquellos momentos se presentó á la cabeza de un batallon un intrépido coronel que pronunciando en alta voz ¡viva México! ¡viva la República! detuvo la marcha de los españoles.

Este valiente coronel era el mismo que habia recomendado á D. Antonio la vida de Rossi.

Pero mientras mexicanos y españoles se disputaban en las calles la victoria, volva-

mos á la sala en que dejamos á Rossi acompañado de la mujer que llamó la atencion de D. Antonio.

—No puedes figurarte lo mucho que te agradezco esta visita—dijo el herido estrechando la mano de su interlocutora que se habia sentado junto á la cabecera de la cama—mi primer pensamiento al caer en tierra fuiste tú, y mi único deseo verte antes de espirar, si por desgracia era mortal la herida.

—Te agradezco lo primero, y tengo el gusto de que hayas visto realizado lo segundo, con la doble satisfaccion de mi parte de saber que tu herida no es de gravedad.

—Dios me reserva la vida porque sin duda hago todavía falta en el mundo.

—Al menos para mí.

—Que es á lo que aspiro únicamente.

—Pero ¿dónde se oculta el hombre que me ispiró el primer amor, que no he conseguido verle en ninguna parte?

Rossi reprimió un sentimiento de disgusto.

—¡No me dijiste—continuó la dama—que habia venido á unirse á las filas que combaten contra el invasor?

—Sin duda.

—Siendo así no sé cómo no logro descubrirle en ningun lado.

—Eso no es extraño: en tiempo de campaña no hay sitio fijo ni hora segura.

—¿Cómo!.... ¿Le ha sucedido alguna desgracia? ¡Habla, por Dios, habla!.... tú sabes que le amo.... que no le he olvidado un solo instante.

Un gesto de indignacion se retrató en el semblante de Rossi.

—No, ninguna desgracia le ha sucedido—contestó el sardo procurando disimular la indignacion que rebotaba en su pecho—vive y está bueno.

—¿Le has visto hace mucho?

—No han trascurrido aún dos horas.

—¿Luego está cerca?

—Muy cerca.

—¿En Altamira?

—En Altamira.

—¡Ah!.... ¡qué felicidad!....

—Pero ¿tendrás valor despues de lo que ha pasado para presentarte á él?

—¡Ah!.... no.... tengo demasiada vergüenza para que me atreva á tanto!.... Sin embargo.... le veré de lejos.... oculta donde le pueda observar sin ser vista por él....

Conozco que ya no puedo ser suya porque mi contraria suerte así lo ha dispuesto.... pero á pesar de eso mi corazón no puede vivir sin la imágen del hombre con quien soñó ser feliz para siempre!....

El ruido de muchas armas y de algunos tiros que se oyeron en la escalera del edificio, agregado á los gritos y pasos de muchas personas que se acercaban á la sala, sobresaltó á la dama, á Rossi y á cuantos permanecian en sus lechos.

—¿Qué indica esa confusion?

Preguntó el sardo á un practicante que entró pálido y azorado á la sala.

—Que están ahí los españoles.

—¿Será posible!....

Exclamó aterrada la dama.

—Nuestras tropas abandonaron la ciudad,

EL CAPITAN ROSSI.—TOM. II. 27

y se retiraron hácia el rancho (1) del Chocolate.

—Pues ¡y esos tiros que aun se escuchan?

—Son disparados por unos cuantos que se han refugiado á este edificio, y que se ven perseguidos por algunos españoles que han penetrado tras ellos.

En aquel momento se oyeron nuevos disparos, y poco despues penetró en desordenada confusion un grupo de soldados mexicanos, revueltos entre varios expedicionarios que les intimaban rendicion.

Miramos antes que rendirnos.

Exclamó Fernando, pues no era otro el coronel mexicano que recomendó á Rossi, y que despues vimos combatiendo en la calle.

Y al decir esto se defendia con un fusil que habia cogido de uno de los que habian perecido, de un intrépido cadete que ostentaba la bayoneta de su carabina llena de sangre: este cadete era Ramirez.

Al lado del esposo de Luisa, entraron

(1) Pueblo ó aldea de poca importancia, habitada por gente dedicada al cultivo del campo.

tambien defendiéndose Miguel y D. Antonio, resueltos á vender caras sus vidas.

La mujer á la vista de uno de estos personajes, dejó escapar una exclamacion, y cayó desmayada, levantándosele al caer el velo que la cubria.

A su grito, las miradas de todos se fijaron en el sitio de donde salia, y Miguel, Fernando, D. Antonio y Ramirez que vió aquella mujer junto á Rossi, lanzaron un grito de asombro que les dejó sin accion,

—¿Quién era aquella mujer?

Mas tarde lo sabrá el lector. Por ahora le dirémos que viendo los que habian penetrado en la sala lo inútil que seria defenderse por mas tiempo, entregaron sus armas, y se pusieron á disposicion de los expedicionarios que no mancharon su triunfo con ninguna accion bastarda.